

• Prólogo

A propósito de lo real, una historia sin fin •

“¿No es proporcionar el estatuto de los efectos de la retórica cuando se muestra que éstos se extienden a toda significación? Si se nos objeta que se detienen en el discurso matemático, estamos tanto más de acuerdo cuando que apreciamos en el más alto grado este discurso por no significar nada”.

Jacques Lacan, 1961.

La música de la vida, para evocar el título de Denis Noble, se escucha según los instrumentos y la destreza de quienes la interpretan. Por supuesto, que la puede escuchar cualquiera –aunque algunos estén más calificados que otros–, pero al tratarse de la vida la audiencia se amplía y comprende también a otras especies (algunas, según dicen, muy sensibles a los artilugios del sonido).

El lingüista Roman Jakobson nombró con dos figuras de la retórica (metáfora y metonimia) la lógica binaria que introdujo para explicar cómo funciona ese “hecho heteróclito”, según lo calificó R. de Saussure, llamado lenguaje. Nombra con palabras de la retórica una reducción formal que aspira a la construcción de un análisis científico de una propiedad de nuestra especie que ha *dado letra*, nunca mejor dicho, a cualquiera de las especulaciones que se acumulan en los archivos de la historia. Es decir, las figuras retóricas, en sus diversas y proliferantes clasificaciones, mostraron su capacidad para tragarse a cada una de ellas y convertirla en parte de su juego: “Cada cosa tiene su palabra, pero la **palabra** se ha convertido en una cosa para sí”, afirma Hugo Ball.

Lo real del psicoanálisis

Miquel Bassols encuentra una entrada inesperada a lo que su libro anuncia (lo real del psicoanálisis en la ciencia) en una apelación al “yo” atrapado, por un juego de palabras, en sus espejismos: *tu yo no es tuyo*. Así, desposeído de su función de identidad indivisible, este “yo” despojado de sí da paso a un espejismo de sólido prestigio secular llamado “conciencia”. ¿La ciencia de esta conciencia, de quién será? Difícil cuestión será responder por las propiedades del Uno.

“Sorpresa entonces: la ciencia contemporánea no hace más que toparse con el fantasma del Yo –llamado también ‘conciencia’–, en cada rincón donde había localizado lo más real de su objeto: en la física, en la biología, y sobre todo en las llamadas neurociencias. Lo veremos también aquí” (Miquel Bassols). No es una vana promesa, se trata de una exposición rigurosa, actualizada en sus referencias, escrita con una elegante soltura.

Sin proponérselo sale al paso de la pretensión de una “tercera cultura” que permitiría a los investigadores “científicos” difundir sus descubrimientos según la ley del embudo: las dos culturas escindidas serían para el caso la llamada humanística y la científica dispuesta, como buena anfitriona, a colocar a la primera en el *punto de vista* que elabora el futuro.

John Brockman reunió a una serie de científicos y pensadores para promover la emergencia de los intelectuales de la tercera cultura; compuesta por físicos, evolucionistas, filósofos, psicólogos, biólogos, informáticos... que responderán alguna vez a las tres preguntas (nada que ver con Kant) fundamentales: ¿de dónde surgió el universo, de dónde la vida, de dónde la mente?

Así quedaría cerrada la grieta descrita por C. P. Snow hace más de cincuenta años, en su texto dedicado a las dos culturas representadas respectivamente por intelectuales y científicos.

La compilación de John Brockman es de 1995. En la edición de Tusquets Editores (Barcelona, 1996) se saluda en la figura de Stephen Hawking a una difusión de la ciencia que ha comenzado a cambiar el

panorama intelectual, situándose en el centro del debate de la naturaleza humana y la naturaleza del universo.

Los expositores de la compilación de John Brockman son, en su mayoría, conocidos por haber escrito sus propios libros de divulgación. Por ejemplo, Stephen Jay Gould, Richard Dawkins, Marvin Minsky, Daniel C. Dennett, Steven Pinker, Roger Penrose, entre muchos otros.

Algunas veces, para alegría de los pobres de espíritu, suele citarse a Sigmund Freud como el ancestro de algún descubrimiento (en particular por el “Proyecto...”); también se ataca la cultura “filosófica” francesa, en la que Jacques Lacan se incluye sin matices.

Así, con ataques a lo que existe y reconocimientos de lo ya pasado, se dibuja una línea evolutiva (*sic*) que conduce a la simpática divulgación de la tercera cultura que tiene el hábito de los títulos “graciosos”.

Por el momento las tres culturas no hacen una: “En los últimos años se ha producido en la escena intelectual norteamericana un relevo que ha dejado al intelectual tradicional cada vez más al margen. Una educación estilo años cincuenta, basada en Freud, Marx y el modernismo, no es un bagaje suficiente para un pensador de los noventa. En efecto, los intelectuales norteamericanos tradicionales son, hasta cierto punto, cada vez más reaccionarios, y con harta frecuencia arrogantes (y tercamente) ignorantes de muchos de los logros intelectuales verdaderamente significativos de nuestro tiempo. Su cultura, que rechaza la ciencia, carece muchas veces de base empírica. Emplea una jerga propia y lava sus trapos sucios en casa. Se caracteriza principalmente por comentarios de comentarios, en una espiral que se agranda hasta que se pierde de vista el mundo real” (John Brockman).

El intelectual descrito no tendría una “lengua pública” y no sería “transparente” en sus asuntos. Sin embargo, según dice, C. P. Snow habría advertido que desde los años treinta “se había apropiado del término ‘intelectual’, como si nadie más mereciera tal calificativo”. Eso excluía, prosigue, a gente como el astrónomo Edwin Hubble, el matemático John von Neumann, el cibernético Norbert Wiener y el físico Albert Einstein, Niels Bohr y Werner Heisenberg.

Me informé, como pude, en los años cincuenta y supe de la cibernética por la lingüística que frecuentaba y por una conferencia de Jacques Lacan (1954), de Einstein por su correspondencia con Freud, de Heisenberg por interés en la historia de la física, como de von Neumann, Gödel y otras citas, también de Jacques Lacan. El astrónomo Edwin Hubble, como otros inventores de la técnica, eran difundidos en las páginas de “ciencia” de algunas revistas.

Otra historia, querido John Brockman, es la organización académica cuando, llegado el caso, recomienda, como en el M.I.T, que no se lea nada “que no sea de la propia disciplina”, que no se lea nada que tenga más de cinco años y no haya sido escrito en inglés. En fin, la operación tercera cultura sirve más a las burocracias que distribuyen y venden los conocimientos “científicos” –sea en el campo de la medicina, sea en el de la informática– que a los interesados en ese conocimiento.

“Tu yo no es tu Yo –escribe Miquel Bassols–, tampoco es tuyo, necesitas autoayuda, *coaching*, corrección de algún error cognitivo”.

Las neurociencias serán confrontadas en este libro como sus *impasses* surgidos por una restauración de antiguas categorías psicológicas, combinadas con una ignorancia del psicoanálisis *después* de Freud, que supone conocer con cierto detalle la orientación que Jacques Lacan imprimió a un psicoanálisis cuya pública caída en el cliché cinematográfico debemos a Hollywood.

Los intelectuales oscurantistas de la presentación de novela gótica que John Brockman expone en la presentación de *La tercera cultura*, decían a través de uno de los fundadores del Cabaret Voltaire –institución académica de Dadá– lo siguiente: “La palabra, señores, es una cuestión pública de primer rango” (Hugo Ball, 1917). Nada de “trapitos sucios lavados en casa”. ¿O habla de otros?

Como bien lo planteó Jerry Fodor: “¿Por qué habría de ser verosímil suponer que un sistema computacional modular, de ámbito específico y encapsulado *podría* detectar intercambios sociales? (Uno de los grandes asuntos tratado por la literatura moderna es conocer el grado de dificultad que supone comprender cuál es ‘la situación’ –de qué son capaces los nativos, si es que son capaces de algo–. Kafka (*passim*),

Melville (1977) y Martin Amis (1984), por no hablar de Lewis Carroll, nos brindan diversos ejemplos. Los teóricos de la modularidad masiva tendrían que ojear este tipo de obras de ficción para afinar la sensibilidad de las yemas de los dedos)” (*La mente no funciona así*, Massachusetts Institute of Technology).

En 1997 la revista *Daedalus* (vol. 126, N° 1) publica un artículo de Hilary Putnam, donde podemos leer un detallado y conciso análisis de 50 años de filosofía en lengua inglesa. Ya en las conclusiones, escribe: “No puedo terminar sin mencionar una característica de la filosofía analítica angloamericana que no habrá pasado desapercibida en ningún observador minimamente informado: la exclusión de la ‘filosofía continental’”. Se refiere a las instituciones que otorgan títulos de doctorado en filosofía que no incluyen textos de Foucault, Derrida, etcétera. Y que, a lo sumo, prestan atención a J. Habermas en clases de ética.

Excluido el “Continente”, después del correspondiente saqueo dejado con rapidez en el pasado, a la ciencia abierta le quedan pocos enemigos: algunos empeñados en gastar para los estudios “culturales”, otros educados en los desvaríos franceses que todavía persisten, y no mucho más.

Solo se puede contar con aquellos que a pesar de estos organismos institucionales mantienen la lucidez en nombre del rigor de lo que hacen.

No suelen estar entre las ciencias cognitivas.

Desde el continente

Este libro es más generoso, despliega una información histórica que incluye una extensa y erudita conversación con Javier Peteiro, muestra el tono de las conferencias y pone a disposición de los lectores una bibliografía selecta.

Miquel Bassols cerca lo real en el psicoanálisis tanto en el registro epistémico como en la experiencia de un análisis. Pero, además sigue los cambios que la noción de real tuvo en diferentes momentos de la

enseñanza de Jacques Lacan. Sigue, en esto, la elaboración que Jacques-Alain Miller viene haciendo de esa enseñanza. En lo que hace a lo real, la progresiva separación de una ontología y la manera de situarlo en una *existencia* que no se define por *lo que hay*.

Lo imposible, ya situado por Sigmund Freud al proponer que en el inconsciente no hay “tercero excluso”, se radicaliza como causa material separada de la causa eficiente que pone en juego la magia.

Jacques-Alain Miller, de esta manera, saca las consecuencias del uso de las categorías de Aristóteles que realiza Jacques Lacan en “La ciencia y la verdad” (1966).

Como bien enfatiza Miquel Bassols, lo que se descifra del *síntoma* como metáfora es lo que un análisis tiene de terminable, mientras que la causalidad de lo real cristaliza –como el amor de Stendhal– en el resto irreversible de la transferencia y del *sinthome*.

Germán García
Buenos Aires, 3 de noviembre de 2011.